

SECCION SEGUNDA.

DE LAS CASTAS HUMANAS.

ARTICULO PRIMERO.

DE LAS VARIEDADES DEL GENERO HUMANO EN GENERAL.

Non hic centauros, non gorgonas, harpiasque
Invenies: hominem pagina nostra sapit.

MARCIAL, L. X, epigr. IV.

El hombre es cosmópólita; sus innumerables familias abarcan todo el globo; y desde la abrasada tórrida hasta los hielos polares, sus naves y sus piraguas han surcado por todos rumbos las livianas ondas del Océano; las islas mas remotas, los desiertos y los peñascos al parecer inaccesibles, han visto acudir el hombre, rey de la tierra, para tomar posesion de este antiguo reino, magnífico patrimonio que le reservó naturaleza. Él es el único ente cosmópólita; pues ningun otro viviente ó planta logra descollar y prosperar indistinta y naturalmente en todo el globo; y solo á nuestra especie le cupo contrarestar con su industria la inclemencia de todos los climas y los rigores y asperezas de todos los temples. El hombre, dotado de escelsa capacidad in-

telectual y de manos duchas, peregrinos instrumentos que llevan á cabo los prodijios que creó el pensamiento, supo hallar el fuego, el vestido, el abrigo y las armas; cúpole tambien vivir igualmente en todas partes de carne y vegetales; y ufano con tan nobles preeminencias, irguióse sobre la faz de la tierra, en ademan de admirar el cielo y predominar á todos los animales.

Con todo, si consideramos la especie humana desparramada por la tierra, y esos grandes hormigueros de naciones, esas ciudades populosas, en donde tantos individuos se atropellan durante breve espacio, para desaparecer y sucederse en la inmensidad de los siglos, nos harémos cargo de cuán remontados anduvimos en el concepto que habíamos formado de nuestra especie. En efecto, vémosla, como á todos los demás entes, adolecer del influjo de los climas, ora despavorida con el rayo en los trópicos, ora guareciéndose en subterráneos albergues contra el cierzo helador ó los abrasadores rayos del sol canicular, ora diezmada por las pestes ó epidemias, desalojada por las inundaciones, dispersada por la calamidad del hambre, atravesando trabajosamente dilatados desiertos, ó recojiendo en rancherías errantes escasos tributos de una tierra esquiva, mientras que en rejiones mas afortunadas derrama el suelo, casi sin trabajo, delicados y abundantes alimentos á sus afeminados moradores.

Fuerza es pues que el hombre se familiarice con tantos destinos como le presentan las diversas moradas del globo. Aquí, agricultor laborioso, baña el

barbecho con el sudor de su rostro; allí navegante denodado, traspone las encrespadas olas en pos del alimento para su familia; allá doma el caballo, el camello ú el renjífero, y recorre inmensas soledades, sustentándose con la leche y la carne de estos inocentes compañeros de sus fatigas, que sacrifica á sus necesidades. El jénero humano es en todas partes el primer huésped del globo, y se aviene á todas las variaciones que experimenta la superficie de nuestro planeta, segun las estaciones, las latitudes, las diversas alturas y la calidad de los terrenos, los meteoros de la atmósfera y otras muchas modificaciones impuestas por las incontrastables leyes de la naturaleza. Así pues, el hombre terrestre debe relacionarse con la tierra que le sustenta y estudiar los móviles que le cercan y avasallan su vida: mas no alcanzando á sobrepujarlos, fuerza es que aprenda á hermanarse con ellos, si no quiere ver su salud muy mal parada. Tal es sin duda la causa de las mil diversas contraposiciones que modifican al hombre, en términos que es casi imposible hallar tan solos perfectamente semejantes en un todo. Esta variedad de temperamentos que se echa de ver en el estado social parece mucho menor entre los animales y los pueblos salvajes, cuyo jénero de vida es mas uniforme que el nuestro. Los irracionales, atendidos de suyo al mero instinto y á un réjimen natural, muestran el tipo de sus formas mucho mas clavado que las castas caseras, y aun mas que la nuestra, que tan modificada se halla por las costumbres sociales. Siendo los hombres en cierto modo

parto del globo terrestre, ἐπίγαιοι ἄνθρωποι, segun nos llama Homero, bien así como los vegetales y demás vivientes, fuerza es que todos se conformen á la constitucion propia y peculiar de nuestro planeta. Síguese de lo dicho que, para conocer el hombre, debemos estudiar nuestro mundo.

Es verdad que el opulento morador de las ciudades, bien vestido, hospedado y alimentado, no saliendo sino en coche para guardarse de los destemples atmosféricos, no sufriendo ni el hielo del invierno, en sus abrigados aposentos, ni aun los vaivenes de las estaciones, en sus manjares cocidos y preparados con esmero; es verdad, repito, que este ente venturoso se sobrepone mas que los otros hombres al influjo de los climas y de las estaciones. Así es que sus leyes no tanto cuadran con él como con la jeneralidad de las naciones, siempre desvalidas, y por tanto espuestas al empuje directo de la naturaleza. Pero por otra parte, el hombre opulento y artificial, que vive en el regalo y en la afeminacion, como la planta en el invernadero, se inhabilita por su endeblez para contrastar, como bisoño, las novedades esternas, y parece que la naturaleza vuelve por su imperio con tanto mayor ahinco quanto mas fué desestimada.

Fuera de esto, el morador civilizado de las ciudades que se resguarda desveladamente del asalto de los elementos, concentrándose en los artefactos, en los objetos de la industria ó del lujo, vinculando todo el afan en sus medros, avasallado sin contraste por un gobierno, por los hábitos y costumbres so-

ciales, olvida las sublimes leyes de la naturaleza que echa los primitivos cimientos de los gobiernos y de la civilización. Teniendo constantemente á la vista los efectos, no reparamos las mas veces en sus móviles; llevamos la vida de las hormigas que trabajan en sus estrechas mansiones, y nunca osamos trasponer la vista fuera de los humildes eriales que cercan nuestros ruines intereses. Pronto acabará de ocultárenos la prepotencia de la naturaleza, y no veremos mas que el hombre artificial amoldado sobre el tipo de una sociedad postiza y constantemente variable.

Además de los atributos de las edades y de los sexos, presenta la naturaleza otras muchas variedades de castas; dependiendo las unas de los temperamentos particulares, y las otras del carácter nacional ó de los troncos que encabezan el jénero humano. Los efectos morbíficos, los hábitos prolongados, las impresiones ó señales de los climas y de los alimentos, modifican en extremo la constitución del hombre, alterando proporcionalmente sus costumbres. Basta, para convencerse de esta verdad, seguir especialmente estas modificaciones en todas las partes del cuerpo humano.

El bravo, que libremente se desarrolla en toda su desnudez, se abulta con formas atléticas, y sus piernas y pies desnudos son mas gruesos que los nuestros, porque su vida es mas andariega.

La cabellera que adorna la cabeza del hombre es mas corta que la de la mujer, cuyas hebras son lar-

gas y flexibles (1). Jeneralmente hablando, el pelo de los habitantes del norte es tieso y largo; el de los meridionales es ensortijado, y crespo en los climas muy cálidos. El cabello de los negros viene á ser cual lana rizada ó borra. Las naciones del septentrion de Europa tienen jeneralmente el cabello rubio ú rojo; el pelo castaño abunda comunmente entre los Europeos de los climas templados, y el cabello negro entre los moradores de los paises meridionales. Vense con todo cabelleras rubias en Grecia (2), y tambien se han hallado entre los Moros del Atlante, descendientes, segun Shaw, de los antiguos Vándalos. Las Sicilianas, segun Swinburne,

(1) Parece que casi entre todas las naciones se ha considerado la larga cabellera como un carácter de libertad; así es que los Chinos opusieron mayor resistencia á los Tártaros cuando estos trataron de atusarles el pelo, que cuando quisieron subyugarlos; y los Rusos manifestaron suma repugnancia á obedecer la orden de Pedro el Grande que les obligaba á raparse cabellera y barba. Los Francos, conquistadores de los Galos, dejaban crecer su larga cabellera rubia (*crinosi, capillati*), como una prerogativa de poder, cuando los Galos avasallados por los Romanos andaban mondos; la tonsura de los eclesiásticos es una señal de sumision, especialmente entre los monjes. Sanson, perdida su cabellera, pierde toda su pujanza, segun la Escritura; y los bravos de la América septentrional arrancan á sus enemigos la cabellera con la piel, en señal de trofeo (Lafiteau, *Mœurs des sauvages*, tomo II, página 256). Iguales vulgaridades reinan en Oriente por lo que hace á la barba, que se considera como indicio de poder y dignidad, y no pueden llevarla los esclavos. Es con efecto señal de virilidad y pujanza, puesto que de ella carecen los eunucos, los impúberes y las mujeres. La casta blanca es entre todas la mas barbuda.

(2) Homero pinta á Aquiles con cabello rubio.

se esmeran en dorar su cabellera, lavándola con una lejía alcalina de ceniza de sarmientos; y muchos pueblos de las islas del mar del Sur, como los isleños de los Amigos y de Santa Cruz, amarillean su pelo empolvándolo con cal de conchas de ostras (1). Los Indios de las tribus del noroeste de América tienen el pelo pardusco, que rara vez se acerca al negro perfecto, á pesar de ser este el color jeneral de la casta mogola (2).

El viso del iris sigue un rumbo análogo. Los ojos cenicientos ó azulados son comunes en el norte, los negros en el mediodía, y los de matiz intermedio en las rejiones templadas (3). Igual progresion se advierte en las diferentes edades: los niños son rubios; pero segun van entrando en años, oscurécese el color del pelo, los ojos y el cutis. En los hombres que no son de casta europea, los ojos y el cabello

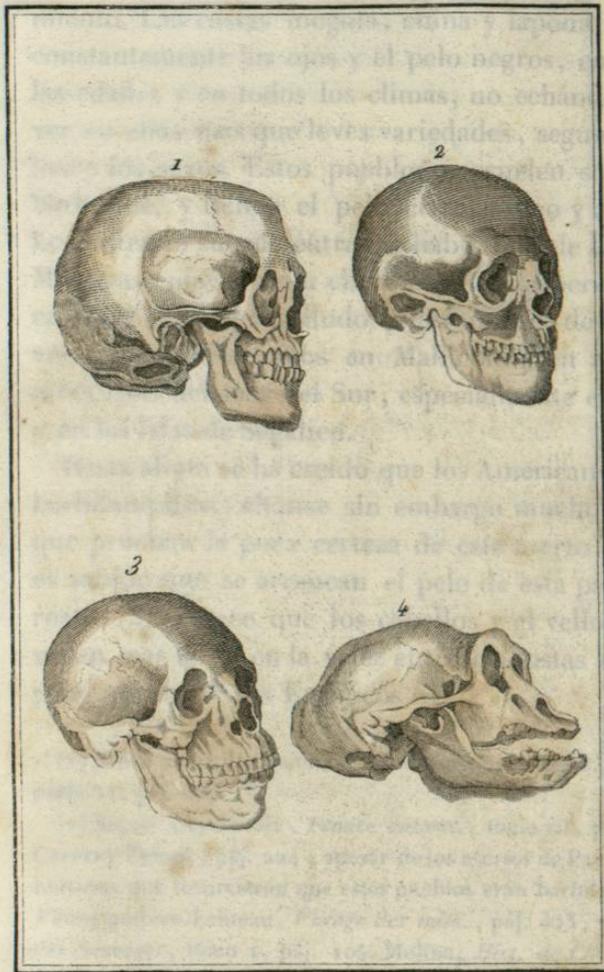
(1) Labillardiere, *Voyages*, tomo 11, páj. 256.

(2) Vancouver, *Voyage*, tomo 11, páj. 325, trad. francesa.

(3) Herm. Conringio, *Habit. germ.*, páj. 85. La casta blanca es casi la única que logra cabello rubio y ojos azules; con todo, vense en otras castas algunos ejemplares de pelo rubio; Gmelin, *Reise durch Sibir.*, tomo 1, páj. 89; Charlevoix, *Nouv.-France*, tomo 111, páj. 179; Lopez, *Relacion de Congo*, páj. 6; Hatkins, *Travels*; Groben, *Guineisch. Reis.*, páj. 29; Sonnerat, *Nouv-Guinée*, páj. 153; Marion y Duclesmeur, *Voyage*, páj. 138; Wallis, en Hawkesworth, tomo 1, páj. 260; Quiros, *Memorias*, etc. El color rubio del pelo de estos pueblos debe atribuirse á la costumbre en que estan de empolvárselo con cal de ostras. Véase Surville y Bougainville, *Voyag.*, etc. Las Sicilianas dan á su cabellera un viso rubio con la lejía de cenizas. Henr. Swinburne, *Voyage*, trad. franc, páj. 81, Paris, 1785, en 8°.

Lan. 1.

Tom. 1



1.Cranco segun el Apolo. 2.Cranco de Jeorjiana.
3.Cranco de Negro. 4.Cranco de Pongo mono.

se esmuran en dejar su cabellera, la cual
 una leyenda de los islas del mar del Sur, que
 puebla de los amigos y de Santa Cruz, ama
 pelo de los islanos con el de conchas de otros
 Los islanos de las islas del noroeste de América tie
 nen el pelo de los islanos que rara vez se ve
 que perfecto como el de los islanos de las
 la casta de los islanos son como
 El pelo de los islanos son como
 concia de los islanos son como
 negros en la media, y los
 en las regiones templadas (3) progresion
 advier en las diferentes edades los niños son ru
 lios; pero se ve en el estado de años, oscurecen
 el pelo de los islanos que rara vez se ve

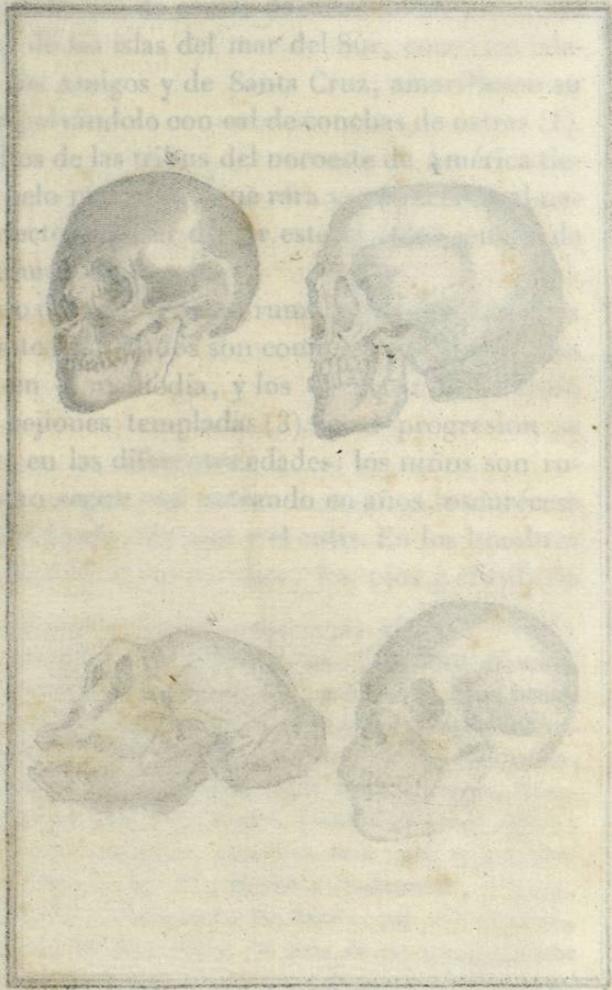


Figura 1. Cráneo de un habitante de las islas del mar del Sur.
 Figura 2. Cráneo de un habitante de las islas del mar del Sur.
 Figura 3. Cráneo de un habitante de las islas del mar del Sur.
 Figura 4. Cráneo de un habitante de las islas del mar del Sur.

son siempre mas ó menos negros desde su nacimiento. Las castas mogola, china y lapona tienen constantemente los ojos y el pelo negros, en todas las edades y en todos los climas, no echándose de ver en ellas mas que leves variedades, segun aquellos y los sexos. Estos pueblos no suelen ser muy barbudos, y tienen el pelo claro, negro y áspero. Lo contrario sucede entre los habitantes de las islas Maldivas, pues, segun ellos, consiste la hermosura en tener el cuerpo velludo como un oso; de esto se ven algunos dechados en Mallicolo y en algunas otras islas del mar del Sur, especialmente en Yeso y en las islas de Segalien.

Hasta ahora se ha creído que los Americanos eran barbilampiños; cítanse sin embargo muchos casos que prueban la poca certeza de este aserto (1); ya es sabido que se arrancan el pelo de esta parte del rostro (2). Parece que los cabellos y el vello encanecen mas tarde en la vejez entre las castas extranjeras que entre los Europeos (3).

(1) Blumenbach los ha citado en el *Goetting. Magaz.*, año II, parte VI, páj. 419.

(2) Segun Charlevoix, *France antarct.*, tomo III, páj. 179; Carver, *Travels*, páj. 224; apesar de los asertos de Pauw y Robertson, que sostuvieron que estos pueblos eran barbilampiños. Véase tambien Lafiteau, *Voyage des miss.*, páj. 333, y *Mœurs des Sauvages*, tomo I, páj. 104. Molina, *Hist. de Chile*, prologo, y Marcgrave, *Brasil.*, cap. IV, páj. 13, dicen que muchos individuos son barbinegros. Lo mismo confirman Gumilla, *Orinoco*, tomo I; Denys, *Amér. Sept.*, tomo II; Bougainville, Carteret, Cook, Forster, Lapeyrouse, etc.

(3) Es bien sabido que muchas naciones del norte, tales como
 TOM. I. 45

En la casta mogola, los ojos estan mas desviados que en la europea, y son tambien párpadi-cerrados. Los ojos de los Chinos, Japoneses y Siameses estan colocados sesgamente; los habitantes de Nueva Holanda andan siempre con los ojos medio cerrados.

La frente aparece comprimida y estrujada entre los Omaguas y demás pueblos de casta americana. Está hundida en el Negro, salida en el Europeo, levantada en las momias de los antiguos Ejipticos, ancha y llana en los Mogoles ó Calmucos, y hundida en los Mejicanos. La nariz de los Calmucos es tan ancha y aplastada, que sus ventanas aparecen descubiertas. La nariz, en los Negros, es chata y embutida, abultada en la mayor parte de los Europeos, corta y gruesa como un higo en los Chinos septentrionales, y roma en los Caribes.

mo los Polacos, Lituanios, Húngaros y Ukranios, son propensos á la plica, ó al enredo y estremada prolongacion de la cabellera. Hase visto un príncipe tonguso, ó knez, llevar una cabellera de mas de cuatro varas de largo. (Corneille de Bruyn, *Voyage aux Indes Or.*, en 4.^o, páj. 125). Los alfaquies de la India consagrados á Ram, ó los Ramanandis, que viven en asqueroso desaseo, ofrecen jeneralmente descomunales greñas (Balt. Solvyns, *Les Hindous*, tomo 1, etc.). Dedúcese de lo dicho que este defecto no dimana del frio, como se ha creido.

Los naturales de Ombay, cerca de Timor, son salvajes antropófagos, y tremolan jeneralmente una cabellera tan prodijiosa, que nadie diria fuese natural. (Arago, *Promenade autour du Monde*, tomo 1, páj. 327.).

Entre los habitantes de Rawak, Vaigiú y Nueva-Guinea, vense algunos con la cabeza tan cuajada de pelo largo y enredado, que se aparece como una gradería de pelucas; casi todos estan cubiertos de lepra ó la han padecido (Arago, *idem*, tomo 1, páj. 353-4.).

Winckelmann observa que entre los Griegos y los Levantinos no se ve ninguna nariz chata, que es una de las mayores fealdades del rostro: los Judíos han conservado tambien grande nariz aguileña como los Orientales.

La boca es ancha y desgarrada entre los Malayos, los Calmucos y otros pueblos del Norte; pequeña y estrecha en los Europeos meridionales. Los labios, que en los Malayos son gruesos y abultados, lo son aun mas en los Negros, pequeños en los Europeos, y anchos en los Chinos, en los Mogoles y en los pueblos del Asia septentrional.

Vense carrillos muy juanetudos en todos los Calmucos y Tártaros Mogoles; su resalto es aun mayor entre los Hotentotes; y nulo entre muchos Europeos, especialmente en los antiguos Griegos. Los Hindos tienen las orejas mas altas que nosotros; los Vizcainos las tienen naturalmente muy grandes, y muchos pueblos indios las alargan descompasadamente horadándolas de mil diversos modos. Se han visto hombres, y de esto podemos citar varios casos, de orejas movedizas arbitrariamente. Los Siameses y los Chinos tienen la cabeza mas ó menos cónica; el rostro de los Calmucos representa un losanje; el de los Hotentotes un triángulo inverso; el de los Europeos forma un óvalo mas ó menos perfecto. Herodoto, y otros autores que le han copiado, aseguran que los cráneos de los Etiopes, que con la cabeza descubierta andaban espuestos á los ardientes rayos del sol, eran mucho mas duros que los de los Persas que la llevaban envuelta y resguardada.

con su tiara ó turbante : confirma esta observacion la que se ha hecho en los naturales de la tierra de Diemen, quienes, á pesar de la intemperie, llevan la cabeza descubierta, adquiriendo su cráneo tan suma dureza, que rompen contra él gruesas ramas de árbol sin lastimarlo. Fernandez Oviedo habla tambien de la extraordinaria dureza del cráneo de los Caribes, y otro tanto dirémos de los Negros.

Camper acertó á graduar el resalto del rostro, midiendo el ángulo facial. Supóngase una línea recta desde la frente hasta la raiz de los dientes superiores, y otra desde la mandíbula superior al agujero occipital; con lo cual obtendrémos un ángulo abierto desde los 85 hasta los 90° en el *hombre blanco* europeo, de 80 á 85° en los Calmucos, Mogoles, Chinos, Malayos y Caribes, y de 80 á 75° en el Hottentote, el Negro, especialmente en los Eboes, los Caaiguis y algunos Mallicoleses. Este ángulo es aun más agudo en el orangutan, en los demás monos y en toda la serie de cuadrúpedos. La grande abertura del ángulo facial corresponde al grado de hermosura cabal en alma y cuerpo que reconocemos en cada pueblo. Cuanto más agudo es este ángulo, más se alarga y se hocica el rostro, mostrando una faz mezquina como el cuadrúpedo; pero cuando dicho ángulo se encarama, granjéase el rostro un aire noble y sublime. No ignoraban esta consideracion los antiguos escultores griegos, y no la olvidaron en sus obras maestras; pues vemos que aumentaron más que la naturaleza la abertura del ángulo facial, dándole hasta cien grados en la cabeza de Júpiter. Las

cabezas griegas, y aun las de los Turcos, ofrecen, según Vesalio, un óvalo más perfecto que las de los Alemanes y Flamencos. Con todo, Blumenbach advierte con razon que no es muy constante la regla de Camper, puesto que se ven Europeos que tienen el cráneo del Negro ú del Calmuco.

Las proporciones de la cabeza con el cuerpo no son las mismas en todas las castas humanas. En el Europeo, el séxtuplo ú séptuplo de la altura de la cabeza forma la estatura total de los individuos. En el Calmuco, la proporcion solo es de algo más del quintuplo, porque es muy ancho el pescuezo; y en los Esquimales y Samojedos, solo llega al quintuplo. En los Hindos, la cabeza ó el volúmen del cráneo aparece casi un tercio menor que en los Europeos, ó como la de un mozuelo de quince años respecto de la de un hombre de treinta, según resulta de las investigaciones del Dr. Paterson, que comparó los cerebros de los habitantes de varias rejiones del Indostan y del Asia (1). Dicho autor explica con esta diferencia de medro el embrutecimiento de los Hindos, y la razon porque cien millones de estos naturales asiáticos obedecen dócilmente á veinte mil Europeos. Sin embargo la relacion de Paterson nos parece algo exajerada, puesto que hemos visto cráneos de la casta de los Hindos casi tan abultados como los de muchos Europeos; habiéndonos parecido mucho menor la diferencia de la que se advierte entre el cráneo del Negro y el del Blanco; con todo,

(1) *Monthly Review*, diciembre 1823, páj. 286, y *Society of phrenology of Edinburgh*, n.º. 13.

es muy cierto que la cabeza de los moradores de la India oriental y de la China es jeneralmente menaguada.

En contra, el volúmen de la cabeza aumenta á proporcion del cuerpo, no solo en todos los hombres de corta estatura, como en los niños y enanos, sino tambien en los pueblos polares, los Lapones, Kamtschadales, etc. Los sombreros fabricados en Paris segun los modelos ordinarios de las cabezas parisienses resultaron sobrado estrechos para las cabezas de los salvajes del Canadá, de Nueva Orleans y de otros Americanos aboríjenes (1). Los pueblos de la Tierra de Fuego, de la de Van Diemen ó de los mas cercanos al polo austral ofrecen una cabeza muy abultada con estatura mas encojida ó mas corta que en nuestros climas templados: lo mismo sucede con los habitantes de las montañas mas encumbradas, de donde resulta que el mismo frio que ataja los cabales medros de la estatura, contribuye tambien á ensanchar el cráneo y el cerebro, sin que por esto alcance la inteligencia mayor ámbito.

Hipócrates refiere que, habiendo unos pueblos cercanos al mar Negro ú al Ponto-Euxino connaturalizado la costumbre de estrujar el cráneo de sus hijuelos, habia esta práctica influido en la naturaleza, y que ya en su tiempo nacian estos pueblos ma-

(1) Tenon, *Mem. instit. national*, parte física, tomo 1, páj. 221, dice que todas las naciones del Norte tienen la cabeza abultada; Blumenbach, *Decad. cranior. divers. gent.* 1 y 2. La estirpe de los Dacios y Panonios presenta tambien la cabeza muy gruesa. Busching, *Geograf.*, tomo 11.

crocéfalos, esto es, con cabeza larga y prolongada (1). Estrabon creyó hallar sus descendientes en los Sijinos del Cáucaso. Pallas, en su viaje á la Táurida y la Crimea (2), advirtió que los Tártaros montañeses de Kikeneis, Limena y Simeo tenían una fisonomía estrañísima y la cabeza desencajada. ¿Serán acaso estos pueblos los antiguos macrocéfalos ó los descendientes de los Jeneses de quienes habla Escalíjero (3), ó quizás una modificacion particular causada por el clima? Vense efectivamente hermosísimas naciones junto á las mas feas, como los Jeorjianos y sus vecinos los horrorosos Nogais y otros Calmucos (4). Jeneralmente hablando, los montañeses aparecen juanetudos, segun se echa de ver en los Escoceses, Corzos, etc., que tienen los carrillos mas salidos que los moradores de los llanos (5).

Muchos pueblos africanos son en extremo boqui-hendidos, como, entre otros, los del Fezan ó del reino de Fez, parecidos á los antiguos Garamantes, de quienes se dijo:

(1) Nieuhoff, *Relacion*, parte III, asegura que la forma cónica de la cabeza de los bonzos chinos dimana de la compresion facticia á que la sujetan ya desde la niñez.

(2) Tomo 11, páj. 156, trad. fr., lám. xxxvii, fig. 2.

(3) *Comment. in Theophr. de caus. plant.*, lib. v, páj. 287.

(4) Un Jeorjiano probó al mismo Forster, por medio de la comparacion, que la cabeza de un cristiano (Europeo) es ancha por detrás y aplanada por el vértice; mientras que la de un musulman se estrecha hácia lo alto y es de forma cónica, como la de los monos (*Voyage du Bengale á Petersbourg*, trad. fr., Paris, 1802, en 8º., tomo 11, páj. 7.).

(5) Forster, *Voyage sur le Rhin*, tomo 1, páj. 213.

Equantem rictus Garamanta ferarum.

Los Negros y la mayor parte de las naciones bravías, que casi nunca comen manjares calientes, conservan la dentadura muy blanca; cuando esta se tizna y carcome en los que comen y beben caliente, ó mascan betel, coca y arec con cal, ó tabaco, ú otras hierbas.

Por lo que hace á las fierezas adquiridas, púdense citar los Omaguas, que tenian la costumbre de entablar la cabeza de sus hijos (1). Era tan jeneral este uso en casi toda la América (2), que se creyó urgente condenarlo por un concilio en la América española (3). Cítase una nacion algonquina que lleva el nombre de *cabeza de bola*, con motivo de la forma de su cráneo, que se supone causada por las madres que tienen la costumbre de amasar la cabeza de sus hijos (4); otras naciones la encajonaban, co-

(1) La Condamine, *Mém. acad. Scienc.*, 1745, páj. 247; V. los instrumentos de esta compresion en el *Journal de physique*, 1791, agosto, páj. 32, por Artaud.

(2) Entre los Chactas de Jeorjia, los Waxsaus de la Carolina, los Peruanos, los Caribes, segun Oviedo, *Histor. jener. de las Indias*; Torquemada, *Monarq. indiana*, lib III; Ulloa, *Relacion del Viage*, tomo II; entre los negros de las Antillas, segun Chanvallon, *Voyage á la Martinique*, páj. 39; y en el estrecho de Nootka, segun Meare, *Voyage*, páj. 349, reina la costumbre de fajar estrechamente á los niños, de estrujarles la frente y la nariz, y de apretarles las mejillas para que salgan los juanetes.

(3) José Saenz de Aguirre, *Collect. maxim. concilior. Hisp. et nov. orb.*, tomo VI, páj. 204.

(4) *Hist. générale des Voyages*, tomo LVII, páj. 44, en 8º.

mo los Japoneses, en términos de ponerla cónica ó cuadrada (1). Todos estos pueblos esponen la vida de sus hijos con tan desatinados empeños para desbaratar el plan de la naturaleza á pretexto de perfeccionarlo.

Dícese que los Drusos del monte Líbano aplanan la frente de sus hijos de la misma manera que los Caribes (2).

Estas costumbres extravagantes de amasar las cabezas humanas subsisten tambien en las islas de Nicobar (3) y en Sumatra, segun Marsden; y anduvieron tambien mas ó menos válidas entre los antiguos Griegos, segun el médico epirota Filítes citado por Blumenbach, y aun entre las naciones modernas europeas, como los Jenoveses, segun Vesalio, los Belgas, segun Spigel, los Franceses (4), los Alemanes, Turcos, etc.; cual si no bastase la sola naturaleza para plantear á derechas nuestro cerebro!

Quoy y Gaymard hallaron en unas cabezas de Papúes que disecaron, el orificio palatino anterior muy crecido, lo que indica, al parecer, un medro harto considerable del ganglio naso-palatino, ó del órgano naso-palatino de Jacobson, que probablemente sirve en los animales para afinar el sentido

(1) Oviedo, *Histor.*, lib. III, cap. v; Ulloa, *Viage*, tomo I, páj. 329; Labat, *Viage*, tomo II, páj. 72; Charlevoix, tomo III; Gumilla, *Orinoco*, tomo I; Acuña, *Relacion del Rio de las Amazonas*, tomo II; Lawson, *Voyage to Carolina*, páj. 33.

(2) Arvieux, *Mém. sur les Arab.*, tomo I, páj. 358.

(3) Nicolas Fontana, en los *Asiatik Researches*, tomo III, páj. 151.

(4) Andry, *Orthopédie*, tomo II, páj. 3.